

**EL CASTILLO DE SAN FERNANDO
DE FIGUERAS**

Por RICARDO BARTLET IBÁÑEZ

**LEMA: Se vive en el presente,
pero se vive del pasado**

EL CASTILLO DE SAN FERNANDO DE FIGUERAS

P O R T I C O

«Sobre la realidad, el leve velo de la
fantasía.»

EÇA DE QUEIROZ

Si grato es siempre para el espíritu, asomarse al pasado por el ventanal de las viejas crónicas, mucho más, cuando el propósito no es sólo de mera evasión del gris presente, sino que está encaminado a la búsqueda de unos datos concretos, sobre un hecho determinado.

Y cuando en conjunción plena, se une además la circunstancia de ser un tema, al que por vocación profesional, nos sentimos íntimamente unidos, entonces, el trabajo se hace fácil y parece como si real y positivamente, la pluma vuela sobre las blancas cuartillas.

Proponerse y llevar a cabo, una transcripción, aunque limitada, de unas «NOTAS HISTORICAS DEL CASTILLO DE SAN FERNANDO EN FIGUERAS», no es en sí difícil, pues la abundancia de datos por una parte, y la limitada época histórica que abarca por otra, lo hacen empresa factible.

Ahora, la única dificultad real al escrito, es el compulsarlas detenidamente en sus fuentes de información, separar la hojarasca literaria que con sus atrayentes, pero ilusorios colores, deforma el prisma de la realidad objetiva, y dejar el esquema limpio, para que brille la siempre difícil VERDAD HISTORICA, a la que necesariamente ha de revestirse con unas pinceladas de lirismo, poniendo sobre la realidad fría, el leve ropaje de la fantasía, como hace ya cien años, aconsejaba el gran vate lusitano.

LA CIUDAD

FIGUERAS: Plaza fuerte fronteriza, situada en el Ampurdán, tiene 16.722 hb. Defendida por el Castillo de San Fernando. (*Geo. Mil. de España y Portugal.*)

En el límite norte de la tierra catalana, en la fecunda llanura ampurdanesa, junto a las márgenes floridas del Galligans y cerca de la raya fronteriza, se halla situada la ciudad de Figueras. Población de múltiples contenidos, donde el devenir de los siglos ha marcado imperativamente sus huellas: un hallazgo ibérico, una lápida romana o el claustro medioeval, son testimonios vivos de su razón de ser.

Uniendo el pasado con el presente, un castillo, el de «San Fernando», cuyas nobles piedras, en sus baluartes, hornabeques y rebellines son el rico patrimonio espiritual que se yergue altivo, desafiante, ante el tiempo, la indiferencia o la incuria de los hombres más afanados en el logro del diario vivir que en el cultivo de los valores eternos e intangibles. Fortaleza de triple muralla, potente, artillado, anchos y profundos fosos, la hacían la segunda plaza fuerte del Principado. Testigo silencioso de las luchas de 1794, 1808, 1811, 1823, 1833 y 1938, en ese continuo tejer y destejer de los rumbos accidentados de la común Historia Patria.

Figueras tiene mucho a su espalda para el ser y el estar. Nada se hizo en ella en un instante, sino a lo largo de centurias, y en sus diversos avatares, fue forjando su recia personalidad histórica: señorío de Hugo Ponte, Conde de Ampurias en 1124, por donación expresa del Gran Berenguer III; Carta Foral de Jaime I, «el conqueridor» de 1267: «*Primun privilegiorum universitatis villae Figueriarum*»; Bodas Reales de Felipe V y María Luisa de Saboya en 1701... Y el paisaje de ahora:

En la ciudad: calles anchas, avenidas modernas, plazas amplias, en una de las cuales se alza el monumento al insigne inventor del «Ictíneo».

En el campo: llanos fértiles, repletos de vides, mitológicos olivos, rubios trigales y verdes hortalizas, sobre los que cruza raudo el moderno avión, que traza sobre el cielo azul, el blanco garabato de cisne del escape de sus turborreactores, en conjugación del violento contraste, característico de nuestra atormentada edad.

Y al fondo, como telón, la mole de los Pirineos: donde candiles atrevidos cubren sombrías gargantas, rápidos torrentes lamen el pie de altísimos escarpados, árboles seculares ciñen a rocas peladas, hondas grietas muestran las entrañas del monte, gigantescos crespones alzan sus inaccesibles picos, pintorescas cascadas bajan despeñándose sus aguas en mil impresionantes saltos donde juega el arco iris; escondidas umbrías guardan nieves perpetuas, y allá en lo más alto, moles descarnadas forman como las almenas del enorme muro.

EL CASTILLO

SAN FERNANDO: Plaza fuerte de primer orden, bien artillada y guarnecida, cubre a Gerona y Hostalrich. (*Voyage Pittoresque de l'Espagne.*)

En la cumbre de una colina (1), a poca distancia de la ciudad, se halla situado el Castillo de San Fernando. Verdadera plaza fuerte, es típico exponente de la fortificación militar del siglo XVIII.

Mandado construir en 1753 por el Rey Fernando VII, siendo Capitán General de Cataluña el Marqués de la Mina, bajo la dirección del Brigadier de Ingenieros Pablo Cermeño, tiene forma de pentágono de más de dos kilómetros de perimetría, en distintos planos y estudiados frentes abaluartados, con casi seis kilómetros de caminos cubiertos, habiéndose terminado sus obras catorce años después, reinando ya Carlos III, el preclaro Rey autor de las maravillosas Ordenanzas Militares, cuyo espíritu infunde aún hoy las actuales vigentes en nuestro Ejército.

Puede emplazar 222 cañones, teniendo anchos y profundos fosos, grandiosos cuarteles y almacenes, polvorines e inmensos albiges (2) subterráneos. En el centro de la crujía interior de las caballerizas hay un pequeño cuarto cerrado por una verja de hierro, donde fue asesinado por los franceses el heroico defensor de la inmortal Gerona, don Mariano Alvarez de Castro (3). Una lápida puesta en 1815 por el General Castaños, el vencedor de Bailén y en aquellas fechas Capitán General del Principado, recuerda a la posteridad el alevoso hecho (4).

Sus CINCO baluartes denominados: San Narciso, Santiago, San Felipe, Santa Bárbara y San Dalmacio; los DOS hornabeques: San Zenón y Santa Tecla; las DOS contraguardias y los SIETE rebellines: San Ramón, Animas, San José, San Jorge, San Roque, San Yago y San Miguel,

todo ello rodeado de fosos, caminos cubiertos y glacis, comunicándose por caponeras, puentes, escaleras, galerías subterráneas para el mejor servicio de la defensa, son un alarde de ingeniería militar. En todas las golas d sus baluartes hay noventa y cuatro bóvedas a prueba de bomba, para la guarnición, que puede llegar a ser de 16.000 bayonetas y 1.500 sables. En los flancos del hornabeque hay escaleras de caracol para descender a los fosos, y dicho hornabeque tiene veinte bóvedas para la guarnición. Al foso recaen los almacenes, caballerizas y otras dependencias. Las cuadras poseen grandes pesebres de piedra y argollas de bronce. Además, cinco hornos, hospital, sala de armas, iglesia, pabellones para oficiales, parques de artillería, almacenes, plaza de armas, grandiosas cisternas y otras muchas dependencias auxiliares.

En resumen: nada mejor para cerrar esta brevísima descripción de nuestra primera fortaleza catalana, que transcribir la autorizada opinión del General Gómez de Arteche sobre ella: «... es indudable que San Fernando, aún con sus defectos y de no haber tenido hasta la fecha una brillante historia, cubre plenamente su función de plaza fuerte fronteriza, cierra el camino de Gerona y Hostalrich y defiende el Ampurdán».

NOTAS ADICIONALES

- (1) Al NO. de la población y de 140 m. de cota.
- (2) Alimentados por un torrente canalizado por medio de un acueducto y de enorme capacidad.
- (3) Nacido en Granada en 1749 de noble familia castellana. Ingresó de Cadete en 1768 en las Reales Guardias de Infantería. Ascendido a Alférez en 1778, tomó parte en el sitio de Gibraltar y en la guerra de Portugal hasta la paz de Villaviciosa. Teniente en 1783, Capitán en 1793, tomó parte en la guerra contra Francia, dando pruebas en las diferentes acciones en que se halló de una intrepidez y de una serenidad nada común. Coronel en 1794 y Brigadier al año siguiente, era Gobernador Militar de Montjuich (Barcelona) en 1808, fortaleza que sólo entregó a los imperiales ante reiteradas órdenes del Capitán General de Cataluña, Conde de Ezpeleta. Iniciada la Guerra de la Independencia, se unió al ejército del Ampurdán, y fue tal su energía y los conocimientos militares de que dio prueba, que la Junta de Cataluña, residente en Lérida y Tarragona, le nombró Gobernador de Gerona, en cuya defensa había de inmortalizar su nombre.
- (4) *Su texto dice:* «Murió envenenado en esta estancia / el día 22 de enero de 1810 / víctima de la iniquidad del tirano de Francia / el Gobernador de Gerona / Dn Mariano Alvarez de Castro / cuyos heroicos hechos / vivirán eternamente / en la memoria de todos los buenos españoles. / Mandó colocar esta lápida / el Excmo. Sr. / Dn Francisco Javier Castaños / Cap. Gral. del Ejército de la derecha. / Año de 1813/».

NOTAS HISTORICAS

CLIO: Hija de Memosine y Zeus. Representada por una figura de mujer. Es considerada como la Musa de la Historia. (D. G. H. A.)

Es citado por primera vez el Castillo de San Fernando en los fastos de la Historia Patria, al registrar su nombre nuestra Historia Militar, con ocasión de la Guerra de Cataluña en 1793, llamada también «Campana de Francia» o «Guerra de la Frontera», según la nacionalidad española o francesa del autor que se consulte.

Dos hechos habían provocado el conflicto armado: el suplicio de Luis XVI (1) y la intriga palaciega que dio en nuestra Patria el poder a don Manuel Godoy, el antiguo guardia de corps, al que el favor de la Reina María Luisa había elevado al puesto de primer ministro.

El primero de ellos había sido causa de una declaración de guerra conjunta —de los monarcas europeos coaligados— a la República y Francia se vio amenazada y acometida en todas sus fronteras, si bien gracias a su improvisado ejército, logró las victorias de Valmy y Jennes, que alejaron el peligro de invasión representado por los ejércitos austríacos y de la confederación germánica.

El segundo arrastró a nuestra Patria a una guerra, que si bien fue altamente popular (2), dado lo impresionable de nuestro fogoso y temperamental pueblo, no era menos cierto que no estábamos preparados para la campaña, dado el abandono en que gobiernos irresponsables habían tenido a nuestros ejércitos y armada. Pese a ello, gracias a la pericia del general don Antonio Ricardos y el indiscutible valor de nuestros soldados, pudimos iniciar con positiva ventaja aquella contienda.

Declarada la guerra por España a Francia (3), se forman dos cuerpos de operaciones: el uno se sitúa en Guipúzcoa, a las órdenes del General Carr, cubriendo la línea del Bidasoa, y el otro, denominado de Cataluña, mandado por el General Ricardos, sostendrá todo el peso de la lucha. Contienda que revestirá fuertes matices de crueldad, especialmente por parte francesa (4), por ser conflicto donde juegan papel importante encontradas ideologías.

Reunido el Ejército de Operaciones, fuerte de 20.000 hombres y 1.500 caballos, aunque mal pertrechados y escasos de artillería, en Barcelona —cap i cassal de Catalunya—, salen para Gerona, estableciendo el jefe español su Cuartel General en Figueras y preparándose para la invasión de Francia, ya que sólo la ofensiva puede darnos la victoria.

El objetivo principal de aquella campaña iba a ser la plaza fuerte de Perpignan, siendo las líneas defensivas de los franceses los Pirineos Orientales (5), los ríos Tech y Tet, en cuya margen derecha se encuentra situada la aludida población.

Ante la imposibilidad de franquear los Pirineos, por los pasos del Portús y de Banyuls, por estar defendidos por las fortalezas de Bellegarde y San Telmo, y no poseer nuestro ejército material de sitio para lograr su expugnación, tiene el general Ricardos que decidirse a forzar la frontera por la izquierda de su frente de operaciones (6) y, tomándola de revés, cortar las comunicaciones de las plazas fronterizas con el interior de Francia, hecho que según un tratadista militar contemporáneo: «... constituye una operación estratégica brillantísima que honra al general español».

Y así el 17 de abril, con 3.500 hombres, mientras que el resto del ejército ejecuta una demostración por el Coll del Portús y demás desfiladeros de la cordillera, atravesó ésta por las fuentes del río Muga (7), y apoderándose de San Lorenzo de Cerdá, toma de flanco las posiciones enemigas; entra en Ceret —después de un combate victorioso—, habilita en tres días el Coll del Portell (8), para pasar el grueso del ejército expedicionario, sitia Bellegarde y Port-les-Bains en el Tech y dueño de la cuenca de este río, ante el estupor del mando francés, continúa las operaciones para desalojar al enemigo de la línea del Tet, a la que se había replegado.

Tras la toma de los campos atrincherados de Thuir y Madeu (9), frente a Perpignan, se rinde Bellegarde, mientras que parte de nuestras tropas, bloquean en el camino de la costa a San Telmo, Port Vendres y Collioure. Pero la ya reseñada falta de material de sitio, hecho cuya responsabilidad es imputable al desacertado gobierno del favorito, le impiden atacar la capital del Rosellón, y tiene que emplear los meses de julio y agosto en desalojar a los franceses, en una sucesión de victoriosos combates, de la línea del Tech, sin que entorpecieran sus operaciones la diversión practicada por el general Dagobert en la Cerdaña, que logró apoderarse de Puigcerdá.

Ante ello, el enemigo, dejando bien guarnecidas las plazas de Perpignan y Peirestone, se replegó a la cuenca del Angly, permaneciendo la situación estacionaria, hasta mediados de septiembre, en que reforzado el ejército francés, por 24.000 hombres, a las órdenes de Deflers, atacan el centro de la línea española (10), por las inmediaciones de Thuir, siendo rechazados con grandes pérdidas, y pasando nosotros a la ofensiva (11) les deshacemos tres regimientos de infantería.

Pese al éxito de esta batalla, no se derivan de ella grandes resultados, porque si bien el ejército enemigo recibe cuantiosos refuerzos (12), el español, pese a tener aseguradas sus líneas logísticas (13), no se le envían ni las indispensables para cubrir bajas, obligando este inconcebible y criminal abandono del gobierno de Godoy al general Ricardos a retirarse al Tech, acogiéndose al campo atrincherado de Bolou, posición admirablemente escogida, porque desde ella cubría no sólo sus comunicaciones con Cataluña, sino también a las tropas que sitiaban las fortalezas próximas a la costa.

Envalentonados los franceses ante nuestra retirada y confiando en su superioridad numérica, atacan nuestras posiciones (14), siendo nuevamente rechazados, y al contratacar nosotros en el Puente del Ceret, obligamos al general Dagobert a replegarse al Tet, abandonando gran parte de su artillería.

Después de esta nueva derrota francesa, se rinden las plazas de la costa, con lo que nos encontramos dueños de todo el Rosellón, exceptuando su capital.

Pero la muerte en Madrid del general Ricardos (15) produce una mutación radical en la marcha de la guerra, ya que, carente nuestro ejército del genial Caudillo, artífice de la victoriosa campaña, se bate en retirada ante la fuerte presión, desencadenada por el mando francés, que nos obliga no sólo a abandonar lo conquistado, sino que tenemos que repasar la frontera, llevando el general Perignon (16) la lucha a nuestra propia Patria. Cruza el Portús, ocupa Figueras y establece su Cuartel General en el Castillo de San Fernando (17), amenazando Girona y el propio corazón de Cataluña, prácticamente indefensa. Asimismo en Guipúzcoa se derrumba la línea defensiva del Bidasoa y la bandera tricolor de Francia ondea sobre la ciudadela de Pamplona.

También en la mar la suerte nos es adversa, y la escuadra española, junto con una división de la flota inglesa del Mediterráneo, que apoyan la plaza de Tolón, es obligada a retirarse, ocupando los Convencionales la ciudad (18).

Ante estos hechos el gobierno español no tiene más remedio que solicitar un armisticio, firmándose poco después la llamada Paz de Basilea (19), por la que perdimos la Isla de Santo Domingo, si bien los franceses evacuan las plazas ocupadas en España.

NOTAS ADICIONALES

- (1) Acaecido el 20 de enero de 1793.
- (2) La suscripción pública abierta para financiar la campaña arrojó sólo en Cataluña la suma de 20.000 duros.
- (3) El 3 de marzo de 1793.
- (4) «... Que no se hicieran prisioneros españoles y que los sacerdotes y nobles españoles fueran cogidos como rehenes en cuantos lugares ocupasen los ejércitos franceses en los Pirineos Orientales y Occidentales.» (Orden de la Convención).
- (5) La cordillera está dividida en Pirineos Orientales (Cataluña), Centrales (Aragón) y Occidentales (Navarra y Guipúzcoa).
- (6) Fuentes del río Muga.
- (7) Primer río español.
- (8) Situado al O. del Portús.
- (9) El 19 de mayo de aquel año.
- (10) Sobre el río Tet, partida de Villafranca y por Thuir y Trillas, iba hasta las alturas del Reat.
- (11) Batalla del 23 de septiembre, resuelta gracias a la acción resolutive de la caballería española (4 regimientos) que cargó las columnas francesas.
- (12) Y que victoriosa Francia en Valmy y Jennapes, alejados sus enemigos del frente NE. y derrotado el generalísimo Duque de Brunswick, sólo lucha en este teatro de operaciones y enfrente de Tolón, ocupado por los realistas.
- (13) Líneas de movimiento. Partían de Figueras, pasaban por el Portús y llegaban al frente.
- (14) El 13 y 14 de octubre.
- (15) Sucedió el 13 de marzo de 1794.
- (16) Comandante en Jefe del Ejército francés del Pirineo. Nombrado Embajador en Madrid en 1796, y firmante del Tratado de San Ildefonso el 18 de agosto de 1796.
- (17) Entregado a los franceses por la traición de Andrés Torres.
- (18) En este sitio se distinguió como Capitán de Artillería Napoleón Bonaparte, que por su actuación en el mismo fue nombrado por la Convención General de Brigada.
- (19) Firmada el 22 de julio de 1795. Pese a la desafortunada campaña, el incapaz del Rey Carlos IV nombra a su valido «Príncipe de la Paz». A partir de este momento se inicia una nueva etapa de las relaciones hispanofrancesas, y por presión del Primer Ministro y la influencia del cada día más fuerte partido afrancesado, firmamos el nefasto Tratado de San Ildefonso, por el que ligamos nuestra suerte a la del país vecino, viéndonos arrastrados a una guerra con Inglaterra, cuya escuadra nos inflige la derrota del Cabo San Vicente, en la que el Almirante inglés Jervis — nombrado Lord San Vicente a resultas de esta acción naval — venció al español don Luis de Córdoba.

DE 1805 A 1810

Pero será la «Guerra de la Independencia» la que abrirá al Castillo de Figueras de par en par las puertas de la Historia, al acaecer en él la alevosa muerte del insigne Gobernador de la Inmortal Gerona, el Teniente General don Mariano Alvarez de Castro, asesinado en uno de sus calabozos por sus guardianes, y cuyo recuerdo permanecerá unido imborrablemente al de la fortaleza de «San Fernando», mientras exista sobre la indomable tierra ibérica uno de sus hijos.

La génesis de aquella contienda, aunque conocida, vamos someramente a relatarla: a partir del Tratado de Aranjuez (1), se acentúa nuestra dependencia al país de allende el Pirineo, antinacional política que nos reporta la pérdida de la Luisiana, de la Isla de Trinidad (2) y el desastre de Trafalgar (3); además, nuestros políticos (4) son decididos partidarios del nuevo Imperio, y sobre todo el poderoso e incapaz Primer Ministro, el firmante de los dos nuevos Pactos de San Ildefonso, que dejándose llevar de su ambición personal (5), no vacila en hipotecar nuestra libertad de nación, al plegarse dócil a los deseos de Napoleón, permitiendo la entrada en España de 100.000 hombres (6), que alevosamente se apoderaron de nuestras principales ciudades y fortalezas.

Limitando nuestra descripción a Cataluña, debemos consignar que el Principado fue invadido por el denominado «Ejército de los Pirineos Orientales», que al mando del General de División Filiberto Duhesme, cruzó la frontera por la Junquera, el 9 de febrero de 1808, e integrado por 15.000 infantes y 2.000 caballos (7), casi todos hombres de leva, franceses e italianos, encuadrados por clases y oficiales de mérito, muy fogueados, entre los que sobresalían los Vélites de la guardia real italiana, los coraceros y la artillería de pie. Y que dejando unas pocas Compañías en Figueras, continúan su marcha en dirección a Barcelona.

Un cronista local (8), en un documentado ensayo publicado bajo los auspicios de «La Sociedad Económica Ampurdanesa de Amigos del país», en 1926, escribe a este respecto: «... la guarnición francesa fue perenne, sin contar la que correspondía al Castillo, y muchos jefes importantes, entre ellos: Reille, Saint-Cyr, Beraguey de Hilliers y Nogués, residieron en ella, que hasta el final de la guerra conservó su

fisonomía militar, verdadera plaza fuerte imperial donde pulularon los tipos más característicos del ejército que a la sazón traía revuelta a Europa»...

Ocupada la capital catalana gracias a la traición del inepto Marqués de Ezpeleta, que permitió a Duhesme apoderarse de la ciudadela y de Montjuich, fijan sus miras en Figueras, la «ocupación de cuya fortaleza —dice Corchan— había dejado Napoleón para las tropas del segundo escalón», lo que efectuó en los primeros días de abril (9) el general Chabran, por negligencia del Gobernador del Castillo. Consumándose así «una perfidia atroz, deshonrosa e indigna de una nación grande y belicosa», como justamente escribe el Conde de Toreno.

Pero este hecho masivo de la invasión napoleónica es el reactivo que necesitaba la conciencia nacional para despertar. La nación entera vibra de indignación ante la traición francesa, y «el pueblo, el pueblo no la clase media ni la aristocracia, en una reacción de imponente virilidad, logró el milagro de levantar a España, que víctima de traiciones y deslealtades parecía vencida»...

CATALUÑA, la noble cuna de los almogávares, como tantas otras veces a lo largo de su Historia Patria se siente identificada totalmente con el resto de España e incluso, en este caso, puede aún con mayor ahinco, se apresta a la lucha. Lanza al vuelo las campanas de sus iglesias, tocando a somatén (10), y sus hijos, desde Creus al Ebro y del Segre al Mediterráneo, formando un haz común —cuales flechas que apuntan a la diana de la Historia— se arrojan sobre el invasor que ha hollado su sagrado solar.

Y así, en los primeros días de junio de aquel año infausto de 1808, en los agrestes parajes de los Bruch (11), se repite la gesta de Roncesvalles, y las hasta entonces invictas águilas francesas muerden el polvo de la derrota, ante el estupor de Europa, que por primera vez desde 1792 (12) respira al darse cuenta que el goliath galo ha encontrado su talón de Aquiles.

A la derrota de Swartz, sigue, unos días después, la de Duhesme en San Feliu de Llobregat (13), pero será en los TRES sitios de la inmortal Gerona donde se pondrá de manifiesto el tesoro brío del hombre catalán, para resistirse a la dominación extranjera.

Hállase la ciudad construida en forma de anfiteatro y ocupa la falda de una colina, ciñéndola varios cerros y montañas, la atraviesa el río Oñar, dividiéndola en dos mitades, la ciudad propiamente dicha y un

arrabal denominado «Mercadal», las cuales se comunican por dos puentes, uno de madera y otro de piedra.

Estaba Gerona en el estado más lamentable de defensa (14), y parece increíble que ante sus débiles muros, escasa guarnición (15) y limitados recursos, se estrellasen una y otra vez las poderosas legiones del Capitán del siglo.

Pero Alvarez de Castro, con su carácter indomable (16), con su constancia heroica (17), con su lealtad fanática (18), realizó verdaderos milagros y, admirablemente secundado por sus oficiales (19), resistió uno de los sitios más encarnizados y sangrientos que registran los anales militares (20), uno de esos sitios llenos de virtud, de valor, de sacrificios, que admiran al extranjero y son citados más tarde como modelos dignos de ser imitados.

Y aunque al final la superioridad en medios y hombres del ejército invasor (21) se imponga y tenga que capitular (22), ello no es óbice para que propios y extraños reconozcan lo sublime de su ejemplar conducta.

Es entonces cuando llega a Figueras, días después de la rendición, cuando formando parte de un convoy de prisioneros, pernocta en ella (23) camino del cautiverio en Francia, y poco más de un mes después, llega nuevamente a San Fernando, siendo encerrado en una de las caballerizas (?), a la que se había habilitado como prisión, y entre cuyas desnudas paredes rinde su alma al Creador, víctima del tormento, el veneno o la cuerda de sus crueles guardianes, siendo su cuerpo exhibido sobre unas parihuelas, en el glacis de la fortaleza (23 bis).

Este hecho incalificable, cuya responsabilidad alcanza al mando militar que lo consintió tácitamente, está en realidad envuelto en brumas que hacen casi imposible poder fijar hoy la siempre difícil verdad histórica: para los autores antiguos fue un crimen más, análogo a los que se cometieron bajo el influjo de la guerra, citando en abono de su tesis a los testigos de la época: el capitán Satué, ayudante del general, el Dr. Bataller y el fraile afrancesado conocido por Rovireta. En cambio, el general Gómez de Arteche (24) dice: «... que fue un accidente natural, lógico habida cuenta de que convaleciente de una grave enfermedad, fue tratado sin humanidad y llevado y traído de cárcel en cárcel y fortaleza en fortaleza». Opinión en la que coincide también Luis Cutchet en 1868 (25). Por su parte, José Muñoz Maldonado (26), si bien vacila en dar un dictamen, al final dice que «fue envenenado», y el General Banús escribirá: «... que si bien no existen pruebas del

crimen, el general fue tratado como un delincuente, no como prisionero de guerra, y que por esto y las injurias materiales que recibió, la conducta francesa merece duros calificativos».

Por descontado que el pueblo creyó a raíz del hecho, y ha seguido creyendo después, «que fue atormentado con el suplicio del sueño», tal como Galdós describe (27) con su maravillosa pluma, plena de colorido, en uno de sus Episodios Nacionales.

Los escritores franceses nada dicen, existiendo una absoluta falta de comentarios, ni tan siquiera Thiers, tan locuaz y minucioso en cosas de la Guerra de la Independencia.

Por nuestra parte sólo podemos decir, que si bien la perspectiva histórica transcurrida nos permite juzgar sin apasionamientos, no es menos cierto que el análisis ponderado y la investigación objetiva de la invasión francesa ha puesto de manifiesto, real y positivamente, que la «tónica general empleada por los franceses a lo largo de la guerra fue la de una máxima crueldad «y salvajismo», cosa realmente inexplicable en una guerra regular —y más en aquellos días de armamentos limitados— si no intervienen en el conflicto factores que nada tienen que ver con el arte militar, y así no puede sorprendernos que: SUCHET ametralle a los soldados prisioneros; que a Palafox, postrado en el lecho, el coronel Piquet le imponga, pistola en mano, la firma de la capitulación de Zaragoza; que KELLERMAN desencadene una ola de terror en Burgos; ni los saqueos del Escorial, Tarragona, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Tortosa y Figueras; ni los robos sacrílegos de las catedrales de Burgos, León y Toledo; las violencias en la Colegiata de San Isidro, «donde las tumbas de los reyes y príncipes castellanos fueron convertidas en abrevaderos de la caballería...» (28). Ante estos hechos probados que la Historia narra, es lícito pensar, por mucho que repugne nuestra íntima conciencia, que quienes tantas veces deshonraron su uniforme de soldados, comportándose como malhechores, pudieron muy bien cometer la infamia de asesinar a un general enfermo y prisionero,

Resta únicamente transcribir, en apoyo de ello, que la versión oficial, por parte española, era esta misma, tal como lo prueba la lápida puesta en 1815, como ya dijimos anteriormente.

DE 1810 A 1814

Antes de concluir la guerra, es testigo el Castillo de San Fernando de un notable hecho militar: su ocupación por un grupo de somatenistas de Gerona, a las órdenes del Capitán General de las tropas del Ampurdán, don Juan Antonio Martínez y del Dr. Rovira, que en la noche del 10 de abril de 1811 sorprendieron a la guarnición, reconquistando la fortaleza para España.

Aunque el hecho es conocido, así como las glosas entusiastas que mereció, no están totalmente acordes los historiadores en cuanto a su gestación.

Para unos ocurrió que, habiendo entrado al servicio del invasor, los hermanos de Figueras don Ginés y don Pedro Pou, juntamente con su cuñado don Juan Marqués, lograron facilitar la entrada a los mil somatenistas (29) por una poterna, cuyas llaves habían conseguido en un molde de cera; en cambio, para otros existió una inteligencia con la guarnición, compuesta por italianos, y la audaz partida se internó en la fortaleza por el acueducto, junto al glacis de S. Zenón.

De todas formas, lo que menos importa es la forma que revistió este hecho; lo importante fue la hazaña militar que en sí implica.

Como era lógico, su ocupación trajo como consecuencia la liberación de la ciudad, entre el indescriptible júbilo de sus habitantes, compartido por toda Cataluña primero y más tarde por España entera, a medida que el suceso era conocido. A la mañana siguiente corrían ya los mensajeros hacia la etapa de la Junta Superior, que debía esparcir la nueva por los ámbitos de Cataluña (30).

Pero la desorganización existente y la carencia de un mando unificado en Cataluña, hizo que no se pudiera aprovechar el audaz hecho de armas, y fue relativamente fácil al Mariscal Macdonald sitiárla de nuevo, y tras una heroica resistencia, tres meses más tarde tuvo que capitular, al no recibir ninguna ayuda del ejército español, que a las órdenes del inepto Blake se hallaba en la divisoria de Aragón.

El final de esta larga contienda, que costó a España, aparte de cuantiosas pérdidas materiales, la vida de 300.000 de sus hijos, es conocido: derrotado el intruso José en la batalla de Vitoria (31), en la que perdió su espada y el cuantioso botín fruto de sus rapiñas, los franceses son expulsados de España.

En cuanto a Cataluña, es precisamente en la propia Figueras donde se celebra la entrevista entre el Rey Fernando VII y el Mariscal Suchet, en la que el flamante Duque de la Albufera consiguió, del siempre débil y tornadizo monarca, el paso franco de sus tropas hasta la frontera.

DE 1815 A 1833

Pero el regreso de Fernando (32), llamado en aquellos felices días «el Rey deseado», no representó la paz, que tanto necesitaba España, que se había desangrado y empobrecido en estos años terribles de guerra contra el invasor. Pemán muy acertadamente ha escrito: «... España, que había sabido vencer a los franceses, no ha sabido terminar con los afrancesados».

Y, efectivamente, la semilla importada por los ejércitos invasores había fructificado, incluso en el ánimo de muchos, incluso de hombres como el «Empecinado», que habiéndose distinguido en la lucha contra los invasores, murió años más tarde en la Plaza Mayor de Roa (33), condenado por sus ideas «constitucionalistas».

Las Cortes de Cádiz de 1812, cuya «Constitución» no fue más que una mala imitación del Código de la Revolución Francesa, y que un autor nada sospechoso como Jovellanos califica de «constitución de novela, provocaron un cisma peligrósísimo en el alma del pueblo español, que se dividió, una vez desaparecido el enemigo común, materializado por el ejército francés, en dos bandos irreconciliables, separados por un abismo ideológico.

En este período histórico, que abarca desde la nefasta sublevación del Comandante don Rafael de Riego, en Cabezas de San Juan, a la proclamación en Talavera de la Reina (34) del infante Carlos M.^a Isidro, como Rey de España, no registra casi nada la Historia, en relación con estas NOTAS DEL CASTILLO DE SAN FERNANDO; únicamente en 1823, al producirse el hecho de la reacción absolutista, con la instauración, precisamente en tierras catalanas, de la denominada Regencia de Urgel, una fuerte partida realista se apodera de la fortaleza en nombre de S. M. el Rey don Fernando VII, «Rey de España por la Gracia de Dios», como rezan las medallas acuñadas para conmemorar aquel suceso.

Y ya en manos realistas, «San Fernando» fue punto de apoyo y abastecimiento del ejército francés, que, por unos de esos contrasenti-

dos de la Historia, «invade» nuevamente España, pero esta vez como «aliados» (?) en la conocidísima expedición de los «Cien Mil hijos de San Luis» (35), que al mando del Duque de Angulema vienen para restablecer el poder absoluto del Monarca. Seguramente por ser «nuestros aliados», el Barón de Damas aprovechó su paso por el Castillo para dejarnos una tarjeta de visita: «LA DESTRUCCION DE LA LAPIDA CONMEMORATIVA DEL ASESINATO DE ALVAREZ DE CASTRO» (35 bis).

DE 1833 A 1875

Durante nuestras guerras carlistas, epopeyas gloriosas, cuyas causas fueron mucho más profundas que las de una simple cuestión sucesoria, ya que estaban entrelazadas íntimamente con problemas de tipo político y jurídico, aparte de los dinásticos, de cuya solución acertada dependía el ser o no ser de la propia eterna metafísica de España, la fortaleza de «San Fernando» permanece en poder de tropas leales al gobierno central, siendo base de operaciones, en el N. de Cataluña, para el ejército liberal en su lucha con las heroicas guerrillas carlistas, que muy inferiores en número les dispuestan la victoria, en una lucha que tiene todo el fondo mitológico de los trabajos de Hércules, en defensa de los Postulados de la Tradición. La no aparición en tierras del Principado de un auténtico Caudillo Militar, como Cabrera en el Maestrazgo o Zumalacárregui en las Vascongadas, capaz de aunar los dispares e indisciplinados esfuerzos de los numerosos jefes carlistas y la absoluta carencia de material de sitio adecuado, hacen que ni tan siquiera se intente su expugnación.

DE 1876 A 1936

En el mes de julio de 1876, el Gobernador del Castillo, secundado por el entusiasmo de la guarnición, restauran la puerta del calañozo donde murió el general Alvarez de Castro y colocan nuevamente la lápida conmemorativa, a la que se añadió el siguiente frontis: «Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitulación o rendirse», del texto de uno de sus mejores bandos.

La restauración Alfonsina, coincidente casi con los nuevos adelantos del Arte Militar, puestos de manifiesto en la guerra franco-prusiana (36), hacen que nuestra fortaleza pierda gran parte de su valor militar y su

vida transcurra huérfana de todo acontecer histórico, hasta el 23 de septiembre de 1923, en que su guarnición se sumó con entusiasmo al salvador pronunciamiento de aquel cumplido caballero y pundonoroso militar, que se llamó en vida don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, por el que se implantó en nuestra Patria la situación política conocida por «la Dictadura», y que en sólo siete años de buen gobierno, nos permitió recobrar el pulso de nuestro propio destino histórico.

DE 1936 A 1939

Después... un 19 de julio, cuando el Alzamiento fraguado bajo los cedros de Ketama, irrumpe violento con clarines de guerra en la vida cotidiana, los soldados de su guarnición se unen a la sublevación militar que acaudilla el General Franco. Y cuando por la pérdida de Barcelona (37) es ocupada Figueras por las turbas del Frente Popular, la inmensa mayoría de sus jefes, oficiales y tropas del Castillo atraviesan la frontera y se incorporan, aprovechando el estupor de aquellos momentos de confusión, a las fuerzas nacionales, que desde Navarra, Castilla, Sevilla y Extremadura se han lanzado a la ardua empresa de una nueva Reconquista.

Bajo el cautiverio rojo se convierte la fortaleza en prisión para los patriotas, a los que las autoridades marxistas deportan de toda Cataluña, y, además, sus polvorines de almacén de clasificación de las ingentes cantidades de material de guerra, que a través de la farsa del Comité de no intervención sigue arrojándose a la hoguera de nuestra guerra civil, con el deliberado propósito, por parte de Inglaterra y Francia, de que ésta, eternizándose, nos debilite y dejemos de ser un molesto vecino.

Bombardeado intensamente por la aviación nacional, sus bóvedas centenarias resisten perfectamente, y a finales de enero de 1939, cuando las Brigadas Navarras se acercan a la línea del Ter, se reúnen en uno de sus salones el resto de aquellas Cortes fantasmas, presididas por Martínez Barrios, que acuerdan: «PONER EN SALVO LAS RIQUEZAS QUE SE GUARDAN EN LOS SOTANOS Y VOLAR EL CASTILLO», siguiendo así la consigna del siniestro jerifalte que se intitula Presidente de la República.

Fugitivos en la noche, bajo la constante amenaza de la aviación, los máximos responsables de nuestra Guerra Civil, un grupo de presos,

emulando la hazaña de los soldados de Kitchener en Ondurman (38), logran apoderarse del Castillo, desarmar a la escasa y desmoralizada guarnición y quitar con riesgo de su vida las conexiones de tres de los cinco polvorines, logrando con ello salvar no sólo la fortaleza de una segura destrucción, sino centenares de cajas conteniendo innumerables riquezas, fruto de la expoliación y el robo.

Al amanecer del día siguiente (39), entran en la ciudad de Figueras y ocupan el Castillo fuerzas de las Brigadas Navarras, cuyos heroicos soldados, curtidos por el sol y el viento de ingentes batallas, van tocados con la gloriosa boina roja, de tantos evocadores recuerdos para el que esto escribe.

Y así, al ondear de nuevo sobre los grises muros de «San Fernando» la enseña bicolor, al ser acariciados sus pliegues benditos por el sol y el aire de la tierra ampurdanesa, que por catalana es española cien por cien, es indudable debió de levantarse en el alma de todos los que vivieron aquel día inolvidable, una emoción, casi telúrica, porque no en balde en sus colores está contenida toda nuestra Historia. Ella es la que aguantó firme en la cangreja del «San Juan» el día aciago de Trafalgar, la que desafió balas rifereñas con nuestro Prim, en Castillejos y Wad-Ras, la que ondeó altiva sobre los sacos terreros de Uad-Lau, Dar-Accoba y Kudia-Tahar, la que flameó entre nubes de metralla en las Torres del Alcázar — ¡solar de nuestra gloriosa infantería! —, en las cumbres del Pingarrón y cotas de Pandols, la que reflejó la nieve en las románticas jornadas del Ilmen y del Wolchoff...

El después, que es ya hoy, nada importa, nada representa, ante este glorioso pasado.

NOTAS ADICIONALES

(1) Firmado el 21 de marzo de 1801.

(2) Por la paz de Amiens, el 23 de marzo de 1802.

(3) Dada en 1805, que abatió nuestro poder marítimo, vencidos más que por el genio indiscutible de Nelson por la impericia de Villeneuve y la cobardía de Dumanoir, sin que el heroísmo de Alcalá Galiano, Churruca y Gravina pudieran alterar el resultado de la sangrienta acción naval.

(4) Cabarrús, Quintana, Olavide, Menéndez... Juicio certero el de un escritor que, refiriéndose a aquellos tiempos, escribió: «Nuestra vida política es dirigida desde el país vecino, para oprobio de aquella época de vergüenza nacional.

(5) En su megalomanía ansiaba coronarse Príncipe del Algarve.

(6) Con el pretexto de ocupar Portugal, el Mariscal Junot pasa la frontera con 25.000 hombres (19 noviembre 1807); el 22 del mismo lo hace Dupont y Moncey; entra el 9 de enero de 1808 con 30.000 soldados más, que ocupan San Sebastián y Pamplona. Cuando las fuerzas invasoras suman ya 100.000 soldados, Napoleón nombra a su cuñado, el Gran Duque de Berg, general en Jefe de las fuerzas destacadas en España. Las desavenencias de la familia real (motín de Aranjuez) se traducen en las jornadas vergonzosas de Bayona, la mutua renuncia de Carlos IV y Fernando, la reunión de las pseudo Cortes y la proclamación del nuevo Rey José Bonaparte.

(7) Integrado por la División LECHI y las Brigadas MILOSEWITZ, GOLLUS y BESSIERES.

(8) Don Federico Camp en «Figueras en la Guerra de la Independencia».

(9) El día 5, y cuya división estaba integrada por las Brigadas NICOLÁS, SCHWARTZ y VIALA.

(10) Toque por el que se reunía la milicia ciudadana, integrada por todos los hombres de 18 a 45 años. Institución de origen medieval, creada por Jaime I, y que con diversas transformaciones ha permanecido vigente hasta nuestros días.

(11) En las inmediaciones de Montserrat. Los días 4 y 6 de junio de 1808.

(12) Fecha de la batalla de VALMY.

(13) Población cercana a Barcelona, entre San Juan y Molins de Rey, en la margen izquierda del Llobregat.

(14) Eran éstas: el Castillo de Montjuich, situado sobre una montaña al N. de la plaza, enorme cuadrado en cuyos cuatro frentes hay sendos baluartes, encerrando alojamientos abovedados, cuartel, casa para el gobernador, polvorín, aljibe, y del cual dependían cuatro torres: la de San Juan (o reducto de la Sangre), pequeña y pentagonal, pero importante por su situación, dominando de cerca el baluarte de Santa María. Las otras tres torres se dominan: San Narciso, San Daniel y San Luis, situadas dos al E. y otra al N. del castillo, que rodean a distancia. Además de los fuertes del Condestable, de la Reina Ana y de Capuchinos, cimentados en la montaña: el primero de planta irregular, con avanzadas y puntos fuertes, como el del Calvario (estrellado); el segundo, más bajo, en la misma montaña, es simple de dos alas desiguales, sin foso ni camino cubierto y ante un rebellín de iguales condiciones. El último fuerte, o sea el de Capuchinos, es el más inferior y avanzado de todos; tiene un hornabeque exterior y consta de dos medios baluartes con cortina intermedia. También tiene un reducto avanzado, el de Bournonville, situado en un llano entre los ríos Ter y Oñar, consistente en un rebellín sin flancos, verdadera posición a vanguardia por la parte que mira al río. Pese a todo ello, lo cierto es que Duhesme no la ocupó al internarse en Cataluña, por juzgarla indefendible y «sin valor militar real», según el informe del general Marescot, enviado por Napoleón a reconocerla, así como a otras varias de la península.

(15) Constaba de 5.673 hombres de todas armas.

(16) Al avistar a los franceses el 6 de mayo de 1809, publicó un bando que decía: «SERA PASADO POR LAS ARMAS TODO AQUEL QUE PROFIERA LA VOZ DE CAPITULAR O RENDIRSE». Y una vez prisionero, no vacila en increpar a sus verdugos, en el Castillo de Figueras, diciéndoles: «SI FUERAIS HOMBRES DE HONOR...»

(17) Cuando en el mes de octubre de aquel año se notan algunos signos de cansancio y desaliento en la guarnición, ante el prolongado asedio, se apresura a publicar un bando, en el que se leía: «SEPAN LAS TROPAS QUE GUARNECEN LOS PRIMEROS PUESTOS, QUE LAS QUE OCUPAN LOS SEGUNDOS TIENEN ORDEN DE HACER FUEGO, EN CASO DE ATAQUE, CONTRA CUALQUIERA QUE CONTRA ELLAS VENGA, SEA FRANCÉS O ESPAÑOL, PUES TODO EL QUE HUYE CAUSA CON SU EJEMPLO MAS DAÑO QUE EL MISMO ENEMIGO».

(18) Rechazando como buen patriota, inaccesible a toda clase de infamias, las pomposas ofertas de los franceses, admirados de la energía que había desplegado, contra ellos, en Montjuich, se unió al ejército del Ampurdán, y allí...

(19) Eran éstos: los coroneles Mata y Minals, el tte.-rey don Julián Bolívar, de O'Donnell y el comandante Nash.

(20) Según Carnot, el tratadista militar francés, una plaza sólo puede resistir cuarenta días, y Gerona sostuvo la suya ¡siete meses!. es decir, CINCO VECES CUARENTA DIAS, teniendo de 9.000 a 10.000 bajas, habiendo recibido 60.000 balas y más de 20.000 bombas, así como furiosos asaltos, no rindiéndose más que a la fiebre, al hambre y a la falta de municiones.

(21) Mandado sucesivamente por Verdier, Saint-Cyr y Angeraux. Estaba integrado por las Divisiones SHOUGHAM y PINO, fuertes de 30.000 hombres, así como un lucido tren de sitio, mandado por los generales de ingenieros SAMSON y TAVIEL.

(22) Enfermo Alvarez de Castro, designan el mando a don Julián Bolívar, y ante la imposibilidad de prolongar la resistencia y no siendo factible el recibir refuerzos del general Blake, la Junta Corregimental y la Militar acuerdan solicitar un armisticio. El coronel don Blas Fournas firma en el C. G. de Fournells, el 10 de diciembre de 1809, una HONROSA CAPITULACION, con el Mariscal Augeraux, por la que la guarnición saldría de la plaza con todos los honores de guerra y se constituiría prisionera en Francia; a los habitantes se les dejaba en libertad de quedarse o salir, ofreciendo que sus personas y bienes serían respetados; el culto quedaba protegidos y libres sus ministros; las tropas acuarteladas y no alojadas, y los papeles del Gobierno depositados y respetados.

(23) El 22 de diciembre de 1809. Fue encerrado en el castillo. «Era tal su debilidad que hubo que sacarlo en brazos de la berlina en que viajaba, destinándole como aposento un cuartucho desnudo y sin muebles, con una tarima por cama, donde fue importunado por el comandante de la fortaleza, soldado de mediana estatura y graduación, brusco y fatuo. (Galdós, en los Ep. Nacionales.)

(23 bis) Enterrado primeramente en el cementerio de Figueras, en 1814, salidas ya las fuerzas invasoras, el 5 de julio, se procedió a la exhumación de sus restos, siendo trasladados al castillo, con los honores de ordenanza, según mandato del Capitán General, Barón de Eroles. Pero deseosa la ciudad de Gerona de ser la guardadora de los restos mortales del insigne general que inmortalizó el nombre de ella, juntamente con el suyo, proyectóse el traslado a Gerona. El día 20 de octubre de 1816 se verificó la conducción de los restos, sobre un armón de artillería, a Barcelona, donde se le rindieron solemnes funerales, y el 28 fueron llevados a Gerona, depositándolos en la Catedral, donde, después de nuevas exequias, fue enterrado provisionalmente en la Capilla de San Narciso, y en 1880 se trasladaron nuevamente las cenizas del glorioso general al actual mausoleo de mármol blanco levantado en la misma Colegiata de San Félix.

(24) En su *Historia Militar*.

(25) En su *Historia del sitio de Gerona*.

(26) En su *Historia política y militar de la Guerra de la Independencia*.

(27) «Según la tradición que de antiguo se conserva en Figueras, don Mariano Alvarez de Castro fue víctima de un tormento horrible, pues le sujetaron sus crueles verdugos al bárbaro suplicio del sueño, y para evitar que pudiera dormir le colocaron dos centinelas inmóviles junto a la silla en que se hallaba sentado, para que con las aceradas puntas de sus bayonetas le impidieran todo descanso. Alvarez, tan valiente como pundonoroso, luchaba por mantenerse despierto y por no rendirse al sueño, y en esta tremenda lucha se fue aniquilando poco a poco. Y parece ser que, al cambiar la guardia, el sargento que la mandaba, compadecido del prisionero, le dio a beber un veneno.»

(28) Según J. Vázquez Sanz, en *España y Francia*.

(29) Entre los que figuraban los jefes de partida: Romabau, Casas y Lloveras. Anteriormente, el figuerense don Juan Clarós organizó una conspiración para recuperar el castillo, aprovechando un baile al que tenían que asistir los oficiales y un tumulto popular en la Plaça de les Cols, y que por diversas circunstancias no tuvo éxito.

(30) Ocupado el castillo el día 10, el 15 llega la noticia a París, provocando la indignación del Emperador, el 16 se sabe en Barcelona, el 21 se divulga en Zaragoza y el 26 se inicia de nuevo el bloqueo. Una copla popular dice así: «Un sacerdot de gran fama / fou qui dirigí l'acció / que s'en diu Doctó Rovira, / valent y leal senyor».

(31) La última dada en territorio español.

(32) El 13 de marzo, casi seis años después de Bayona, el monarca salía del castillo de Valencay, con su tío don Antonio y su hermano don Carlos (el futuro Caudillo de la Tradición) y por Limoges y Tolosa se dirige a Perpignan para pasar la frontera. El 20 va a su encuentro el Mariscal Suchet, reuniéndose el 21 en la capital del Rosellón. El 22 pisa de nuevo tierra española, por La Junquera, y el 23 está en Figueras. Saliendo el 24 para Gerona, y en Bácsara le espera el ejército español y las guerrillas de Cataluña, que le tributan un entusiástico recibimiento.

(33) Pese a su grado de general del Ejército, se le dio garrote vil.

(34) Por el Comandante González, al frente del 15 batallón de Fusileros Reales. el 4 de octubre de 1833.

(35) Cuyos gastos de guerra de 34.000.000 de francos tuvimos que abonarles.

(35) En 1924, con ocasión de ser visitada la fortaleza por don Alfonso XIII, ordenó que de su peculio particular se cubriera la fachada de entrada de mármol. Y en lo alto de la cuesta que conduce a la misma, cerca de su entrada, en las inmediaciones del baluarte de San Narciso, fue levantado un pequeño obelisco con la siguiente inscripción: «AL GENERAL ALVAREZ DE CASTRO — DEFENSOR DE GERONA — Muerto en este Castillo — PASAJERO DESCUBRETE Y PIENSA EN LA PATRIA».

(36) De 1870-1871. Son éstos: la ametralladora, el cañón rayado y el frente poligonal, creación de la denominada escuela prusiana.

(37) Por ser historia vivida por nuestra generación, no entramos en detalles de sucesos y hechos, por demás conocidísimos.

(38) Durante la guerra anglo-sudanesa. Era Ondurman la capital del denominado Reino del Medhi, en el actual Sudán.

(39) El 9 de febrero de 1939.

... Y FINAL

Aquí está la última cuartilla blanca, bajo la lámpara tranquila del flexo. Por el amplio ventanal se vislumbra la gran ciudad, cuyos contornos se difuminan en el neblinoso atardecer, mientras las altivas agujas de su gótica Catedral se pierden en el mar de nubes tormentosas.

Pero destacando entre claros, sobre el verde-gris tembloroso de la lejana montaña —en la misma línea del horizonte marino—, se yergue la fortaleza de Montjuich, a cuya vista surge en la mente una idea, que vamos a intentar reflejar en esta última página del escrito.

FIGUERAS, al igual que BARCELONA, posee un castillo vínculo de unión del pasado con el presente, que debe de revertir sobre la propia ciudad.

Siguiendo el mismo camino que Barcelona, u otros procedimientos, simple cuestión de enfoque adecuado, debe de lograrse, primero, la constitución de un Patronato del Castillo de «San Fernando», y después la cesión al Ayuntamiento, es decir, al pueblo de Figueras, del mismo, para hacer posible su adecuada transformación en MUSEO MILITAR, que al exaltar las glorias castrenses de CATALUÑA, hagan vibrar a las viejas y a las nuevas generaciones, y especialmente a estas últimas, en el más sublime de los cultos: el del amor a la PATRIA, que debe de comenzar por el amor a la TIERRA donde vimos la luz primera.

JUICIO CRITICO

«Se vive en el presente, pero se vive del pasado.»

CICERÓN

Si para una interpretación adecuada de un devenir histórico cualquiera es preciso las más de las veces situar geográficamente el mismo, en cumplimiento de aquel aforismo «de que la geografía marca derroteros a la Historia», y sobre el que no consideramos necesario insistir, por ser premisa de evidencia total, no puede ciertamente extrañar al lector que antes de adentrarnos en el enjuiciamiento de estas «Notas Históricas del Castillo de San Fernando», consideremos oportuno tratar

previamente de una adecuada ambientación temática, que no puede ser otra, en este caso concreto, que el desarrollo, breve y constreñido a límites precisos, del tema general de la fortificación militar.

Tratar de fortificación equivale en Arte Militar a escribir sobre la eterna pugna entre el proyectil y la coraza, que, como bien dice Almirante: «... infunde todo el posterior desarrollo de la ciencia militar», y esta afirmación del tratadista (1) no es nada exagerada, ya que basta el simple análisis del tema para darse cuenta, aun el lector profano, que en el decurso del tiempo se han ido desarrollando paralelamente ambas manifestaciones, que partiendo de la espada y el escudo, la ballesta y la armadura, pasando por la catapulta y el castillo, la artillería rayada y el frente poligonal, el tanque pesado y el bunker, llega hasta nuestros días con la aterradora vigencia del ingenio balístico con cabeza nuclear, en cualquiera de sus variantes (2), contra el cual, hasta la fecha, no hay coraza protectora eficaz.

Pero la transcripción al escrito de esta interesante génesis nos obligaría muy posiblemente a evadirnos de los límites precisos del trabajo, por lo que, renunciando a ello, pese a la atracción que sobre nosotros ejerce, vamos a circunscribirnos al objeto preciso del tema, enunciando únicamente la fortificación, afirmando con Almirante que es: «... la mejor preparación o modificación del terreno para la guerra», definición que, pese a que todas estas reflexiones personales están escritas en función de una exigencia temática, y encuadradas perfectamente en la época de nuestra Historia Militar a la que nos venimos refiriendo, tiene hoy una plenitud total de vigencia operativa.

Ahora bien, aunque la fortificación en sí misma ha seguido un desarrollo paralelo al de otras ramas del Arte Militar (3), debemos de considerar que con la aplicación de las armas de fuego surge el moderio —en términos relativos, claro— sistema de casamatación y al castillo medieval de almenado adarve y firmes matacanes sustituye la plaza fuerte, de recios muros de sillería, con sus troneras, hornabeques, rebellins, golas y baluartes, que, en sucesivas transformaciones, llega a constituir el intrincado dédalo de una ciudadela de Amberes de la plaza de Plewna o de un fuerte Malakoff.

Al proyectar lo anterior a un plano estrictamente nacional, nos encontramos con la desagradable sorpresa de que no se haya seguido en nuestra Patria una escuela fija de fortificación y, a pesar de haber sido nosotros los creadores de la primera escuela europea (4), hayamos se-

guido las corrientes imperantes de allende el Pirineo, adoptando ora las torías de Cormontaigne sobre el sistema abaluartado o los frentes atenzados de Montalembert (5), según predominase en nuestras altas esferas militares la influencia de la escuela francesa o alemana, aunque en realidad, absolutamente hablando, ambas proceden de un tronco común: la escuela francesa creada por el gran teórico de la fortificación y de la poliórctica, el Mariscal Sebastián de la Presté, más conocido en los tratados de Historia por el Sr. de VAUBAN. Y que se tradujo en la práctica por una proliferación tal de fortificaciones, muchas de las cuales no reúnen aquella premisa indispensable para ser consideradas plazas de guerra: la defensa eficaz del territorio. Exceso éste que hará escribir a un gran tratadista militar (6): «afortunadamente ya nos hemos curado de la manía de fortificarlo todo», expresiva frase que no requiere ulterior comentario.

Pero por encima de estas u otras disquisiciones que se pudieran seguir haciendo sobre este tema, es preciso volver forzosamente sobre un postulado anterior: el imperativo del factor geográfico.

Y aquí sí que no insistiremos bastante en la enorme trascendencia e importancia que esta tangible realidad —el terreno sigue prácticamente igual— ha representado en la existencia misma del Castillo de San Fernando. Ya que al analizar el teatro de operaciones de nuestras guerras con Francia, nos hallamos ante la evidencia de «que para establecer contacto ofensivo o defensivo los respectivos ejércitos beligerantes han de cruzar la gran Cordillera Pirinaica, que extendida de mar a mar, nos separa afortunadamente del país vecino», y escribimos «afortunadamente», pues pese a la conocida frase histórica del doble traidor (7) del Marqués de Castellidosrius, la existencia de esta imponente barrera natural, determinante frontera geográfica, nos permite poseer una excelente frontera militar.

El cuerpo de la cordillera es fuerte y grueso, alcanzando, hacia su parte media y comprendidos los contrafuertes, una anchura de 110 Km. y en los extremos de 50 a 60. La masa montañosa enorme, particularmente hacia su trozo central (8), donde las cimas gigantescas y peñascos colosales alternan con profundas gargantas y hondos abismos.

Pero sin entrar en más detalles, mera enunciación, por otra parte, de accidentes geográficos conocidos, sí podemos hacer unas esquemáticas consideraciones de orden militar: puesto que la cordillera es mucho más alta, gruesa y áspera en su parte media (9) que en sus extre-

mos, dedúcese que será precisamente por éstos (10) —donde es mayor la facilidad de tránsito— por los que trazarán sus líneas logísticas los ejércitos beligerantes que en son ofensivo pretendan pasar de un país a otro, y sobre ellos se concentrarán también las fuerzas defensoras. Y precisamente en ellos será donde se establezcan las plazas fuertes más importantes de ambos sistemas defensivos: fuertes del Urdox, Bellegarde, San Telmo y Mont-Luis, en el lado francés, y fuertes del Coll de los Ladrones y Figueras, en el español.

La Historia atestigua con repetidos hechos —de enumeración exhaustiva— la verdad de este aserto. Tales sitios son, por consiguiente, los teatros más seguros de las operaciones de guerra.

También debemos consignar que la naturaleza ha sido pródiga en mostrarnos su favor, ya que si bien la pendiente francesa es corta y sencilla, la nuestra es larga y complicada.

Por todo ello, podemos afirmar que el Castillo de Figueras no surgió donde surgió, permítasenos la redundancia del concepto, por una simple manifestación del capricho regio, sino que su erección respondió a una necesidad real: «la defensa de uno de esos portillos naturales de nuestro Pirineo, en la ya clásica línea de invasión, Perpignan, Portus, Figueras», y la realidad de este imperativo castrense, unido a la coincidente armonía de premisas geográficas determinadas, dio a nuestra primera plaza fuerte su ubicación, sobre la siempre evocadora piel de toro ibérica.

Pero los franceses, llevados de su constante y permanente «enemiga» hacia todo lo español, no han vacilado en defender la peregrina teoría de la inutilidad del Castillo de San Fernando, al que jocosamente denominan en sus manuales militares: «d'belle inutile», haciendo un juego de palabras con su oponente Bellegarne (11).

A esto no sólo podríamos contestar, reflejando nuevamente el expuesto juicio del general Gómez de Arteche, sino que basta una mediana evidencia para juzgar acertadamente los hechos que la Historia brinda, y que demuestran plenamente que el Castillo cumplió perfectamente su misión, y que en su época y en su momento representó una fortaleza de primer orden, posiblemente una de las mejores de España, que podía perfectamente paragonarse con cualquiera europea de tipo similar.

Si después, a finales de siglo, los adelantos en el Arte Militar permiten escribir a Mariscal (12): «San Fernando, con el alcance de la

moderna artillería y dominada por determinadas montañas, ha perdido gran parte de su valor militar», ello no es óbice alguno para la afirmación anterior.

Como es natural, hoy no representa obstáculo alguno para una fuerza invasora de allende el Pirineo, las líneas de fortificación ya no significan nada o casi nada, la Sigfrido, la Maginot, la Gustav, la muralla del atlántico, han sucumbido ante las nuevas armas: aviación de asfalto, artillería pesada, y, sobre todo, ante las divisiones acorazadas y las fuerzas paracaidistas...

Pero esto es en el presente; nosotros nos hemos referido al nostálgico ayer. Y en ese ayer, pleno de bellas evocaciones, SAN FERNANDO CUMPLIO SU MISION, esa misión característica de toda plaza fuerte: «la defensa del territorio».

NOTAS ADICIONALES

- (1) Autor del "Diccionario Militar".
- (2) Es decir: los I. R. B. M. y los I. C. B. M.
- (3) Decimos... "Arte Militar" siguiendo el criterio clásico del tratadista español, Comandante Villamartín, aunque hoy la guerra haya constituido ya una rama más de la ciencia.
- (4) Creada por el ingeniero Monteculli, en el siglo XVI, y conocida por escuela "hispano-holandesa". Fue utilizada por primera vez en nuestras guerras de Flandes.
- (5) Antecesores del frente poligonal.
- (6) Leandro Mariscal en su Geografía Militar en 1897.
- (7) "Ya no hay pirineos" —pronunciada por el aristócrata catalán al enterarse del testamento del último Austria, Carlos II "el hechizado", por el que dejaba sus Reinos a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV—. Fue traidor a Cataluña, defendiendo a los Borbones y traidor a toda España, al permitir el comercio fraudulento de los franceses en el Virreinato del Perú, donde era Virrey, cargo obtenido en premio de su apoyo a la causa francesa.
- (8) La Maladeta, 3.414 mts.
- (9) Pirineos Centrales o Aragoneses.
- (10) Pirineos Orientales (Cataluña) o Occidentales (Guipúzcoa).
- (11) Construida precisamente por los españoles, durante su dominación del Rosellón. Al perder estos territorios ultrapirineicos, fue preciso defender del lado de acá, la frontera y a esta necesidad debe San Fernando su existencia.
- (12) Tratadista español.